



Lola Lafon

---

**ZOZOBRAR**

1984. A Cléo, de trece años, que lleva con sus padres una existencia modesta en el extrarradio parisino, le proponen un buen día una beca, que concede una misteriosa Fundación, para conseguir su sueño: llegar a ser bailarina de modern jazz. Pero en lo que cae es en una trampa, un comercio sexual, en la que queda atrapada y a la que lleva a otras colegialas. 2019. Aparece en Internet un fichero de fotos, la policía busca testigos entre las que fueron víctimas de la Fundación. Bailarina profesional ya, Cléo se percató de que un pasado que no acaba de pasar ha vuelto a buscarla y de que ya es hora de plantarle cara a su doble carga de víctima y de culpable. Zozobrar va recorriendo las diversas etapas del destino de Cléo a través de la mirada de quienes la conocieron, mientras su personaje se difracta y se recompone sin parar, a imagen y semejanza de nuestras identidades mutantes y de los misterios que las rigen. Lola Lafon, al pasar revista a los abusos desde el enfoque de la fractura social y racial, brinda aquí una candente reflexión acerca de los callejones sin salida del perdón al tiempo que rinde homenaje al mundo de los espectáculos populares de variedades, donde las sonrisas se contratan y las pestañas postizas son de rigor: erotismo y sufrimiento del cuerpo, magia del escenario y de los bastidores del dolor.

El perdón, si es que hay perdón, no puede ni debe perdonar más que lo imperdonable, lo inexpiable, y por lo tanto hacer lo imposible.

JACQUES DERRIDA *Perdonar*

A falta de perdón, dadle tiempo al olvido.

ALFRED DE MUSSET  
*La noche de octubre*

Esas razones que hacen vanas nuestras razones.

Esas cosas tan hondas que nos quitan el sueño.

JEAN-JACQUES GOLDMAN *Veiller tard*

# 1

Había cruzado por tantos decorados, apariencias, una vida de oscuridad y de reanudaciones. Lo sabía todo de las reinventones. Conocía los bastidores de tantos teatros, su olor a madera, esos pasillos tortuosos en los que se daban empujones las bailarinas, las paredes rozadas, de color de rosa, de camerinos sin ventanas con el linóleo descolorido, esos espejos con un marco de bombillas, esos tocadores donde una encargada de vestuario le dejaba la ropa con un papelito prendido con un alfiler: CLÉO.

Un tanga crema, unos pantis color carne para ponérselos debajo de las medias de rejilla, un sujetador cuajado de perlas y de lentejuelas, los guantes marfil hasta el codo y las sandalias de tacones reforzadas con una tira elástica coral en el empeine.

Cléo llegaba antes que las demás. Le gustaba ese intervalo en el que nadie se azacanaba aún alrededor de ella. Ese silencio sin altibajos que apenas alteraban las voces de los técnicos que comprobaban en el escenario si las luces funcionaban. Se quitaba la ropa de calle, se ponía un pantalón de chándal y luego, con el torso al aire, sentada delante del espejo iniciaba ese proceso que la vería desaparecer.

Media hora para borrarse: se echaba el maquillaje Porcelaine 0.1 en la palma de la mano y empapaba con él la esponja de látex, el color *beige* le anulaba el rosa de los labios, el morado trémulo de los párpados, las pecas en la parte de arriba de las mejillas, las venillas de las muñecas, la cicatriz de la operación de apendicitis, el antojo del muslo, un lunar en el pecho izquierdo. Había que pedir ayuda a otra bailarina para la espalda y las nalgas.

El maquillador y peluquero pasaba a las seis, con una riñonera en la cintura rebosante de pinceles; volvía a empolvarle la frente a una, le ponía corrector de ojeras en un grano a otra, retocaba el trazo temblón de lápiz de ojos, su aliento mentolado y tranquilo acariciaba las mejillas, el ruido correoso de la goma de mascar que llevaba siempre en la boca hacía las veces de nana; las muchachas se adormilaban en una nube de laca. A las siete, la cara nocturna de Cléo era igual que la de todas las demás bailarinas: una cara anónima con pestañas postizas que corrían por cuenta de la casa, con mejillas teñidas de rosa fucsia, con ojos que el color negro agrandaban salvajemente, con nácares en los pómulos hasta las cejas.

Cléo había estado detrás de decenas de telones de terciopelo púrpura, de colgaduras, de forillos de fieltro, había llevado a cabo ese mismo ritual cientos de veces, esas comprobaciones con apariencia de encantamiento: mover la cabeza a derecha e izquierda para comprobar que el peinado aguanta, dar saltitos sin moverse del sitio para que no se enfríen los músculos de los muslos mientras se espera la señal del regidor, esa cuenta atrás 4, 3, 2, 1. Las encargadas de vestuario revisaban, aseguraban por última vez el ritual tocado con adornos de plumas, esa engañosa corona de suavidad cuyos armazones oprimían los omoplatos, una mochila de hierro.

A Cléo y a las demás les gustaba intuirlos detrás del telón e interpretaban el mínimo estornudo o el último carraspeo de los espectadores; anda, esta noche estaban nerviosos.

Nada más bajarse del autobús –venían de Dijon, de Rodez, del aeropuerto– se acomodaban con un barullo de colegiales, deslumbrados por los reflejos, los de las copas de cristal colocadas en su mesa y los de cobre de los cubos de champán; los dejaba maravillados la rosa blanca en la transparencia de su florero, las atenciones de los camareros, los asientos corridos rojos y los manteles blan-

cos, las venas del mármol de la escalinata principal. Los hombres se alisaban los pantalones, arrugados durante el viaje, las mujeres habían ido a la peluquería para la ocasión. Las entradas que iban en la cartera eran un regalo de cumpleaños, un regalo de bodas, sacadas hacía mucho: una cantidad que no se gastaba más que una vez en la vida. Se apagaban las luces en la sala y recibían la oscuridad con un cuchicheo embelesado, en ella iban a disolver sus preocupaciones, deudas y soledades. Todas las noches, cuando Cléo entraba en el escenario, el calor polvoriento de los focos la sorprendía hasta metérsele en la combadura de los riñones.

Las bailarinas aparecían, unidas por un hilo de gracilidad y metiendo la cintura, con los brazos abiertos y levemente arqueados; trazaban un nuevo horizonte, una línea adornada con los diamantes de sonrisas idénticas y lacadas, un conjunto de piernas ordenadas, una exuberancia de frufús y lentejuelas.

A la salida del teatro, los espectadores se cruzaban con ellas sin reconocerlas: unas muchachas paliduchas y cansadas con el pelo opaco de laca.

Cléo había leído esto: la fascinación de los bebés por el espejar de un plato de porcelana procedía de nuestro temor ancestral a morirnos de sed.

Cléo había leído esto: la invención de las lentejuelas era accidental. Era obra de Henry Rushman, empleado de una empresa que, en Nueva Jersey, se libraba de los residuos de plástico triturándolos. ¡Cuántos años pasados padeciendo el estruendo de las máquinas hasta aquel día de 1934 en que, cuando se disponía a salir del taller, Rushman divisó en la cuba, entre los restos, un diamante con reflejos turquesa! Con el débil resplandor de la luz del día que les caía encima, la plata y el oro espolvoreaban la tri-

turadora, micas llameantes. Los desperdicios reflejaban la luz.

Las lentejuelas nacían de algo considerado desdeñable: poseían la hermosura de la incertidumbre. A veces le objetaban a Cléo que todo aquello era pacotilla, lo mismo que los collares de *strass* posados en el plexo y esos abalorios de color rubí que le ceñían la cintura.

Todo era falso, en eso residía la hermosura turbadora de aquel mundo, replicaba ella, Las chicas fingían estar desnudas, sobreactuaban su júbilo en el escenario durante noventa minutos, *ça c'est Paris*, venían de Ucrania, de España o de Clermont-Ferrand. El sudor empañaba el brillo del raso de los *bustiers*, los rastros amarillentos persistían pese a las limpiezas, los tangas los pulverizaban con spray antibacteriano, las medias de rejilla se clavaban en la carne blanda de los muslos, dejaban tachones cuadrículados; desde lejos, no se notaba nada.

Un técnico de iluminación le había dicho a Cléo que las panas más modestas centelleaban bajo los focos; en cambio, volvían muy sosos los reflejos de las sedas auténticas. La luz escamoteaba los sietes, las arrugas de la ropa, los rastros de celulitis, las cicatrices; atenuaba las arrugas de la cara y el pelirrojo chillón de un tinte de pelo barato. Los *bustiers* hechos de lentejuelas le dejaban placas bermellón en los costados a Cléo, tajos burdeos bajo las axilas, restos de plástico que el sudor afilaba. De lejos no se notaba nada.

Bailar era aprender a disociar. Pies puñales y muñecas lazos. Fuerza y languidez. Sonrisa pese a un dolor persistente, sonrisa pese a las arcadas, un efecto secundario de los antiinflamatorios.

A los doce años, cinco meses y una semana, los padres de Cléo le ofrecieron ir a clase de danza, preocupados por verla aplanada delante del televisor los miércoles y los sábados por la tarde. La academia privada de la señora Nicolle estaba a reborar de alumnas del centro de secundaria privado La Providence, esas Domitille, Eugénie, Béatrice. En el vestuario, Cléo las oyó comentar un fin de semana en Normandía, vacaciones en las Baleares, una estancia lingüística en los Estados Unidos. El coche de mamá, el de papá. La asistenta, la niñera, los abonos a La Comédie-Française y al Théâtre des Champs-Élysées.

Cléo callaba prudentemente sus señas –el Fontenay de las urbanizaciones–, el Ford Escort de sus padres, y también el oficio de su madre, dependienta en una tienda de ropa para mujeres de tallas grandes.

Las madres de las Domitille asistían regularmente a las clases, sentadas en las sillas de madera colocadas al fondo de la sala. Cruzaban los tobillos, pero no las rodillas. Se agolpaban todas alrededor de la señora Nicolle, le daban coba, exigiéndole que fuera más severa con sus hijas. Su feroz deseo de llevarlas hasta las puertas de un porvenir del que ellas se habían visto excluidas era palpable, ese deseo de tener hijas cristalinas, inmateriales, sílfides de cuerpo vacío de la mala sangre de ellas.

Cléo había pasado el curso esmerándose en hablar el lenguaje de la danza clásica, igual que se intenta «coger el

acento» de una lengua extranjera sin haberla tenido nunca en los labios. Había intentado hacerse con el preciosismo y la mirada altiva de esas a quienes la señora Nicolle les ponía de ejemplo porque tenían «clase»: princesas, duquesas. Sin éxito alguno.

Al final de curso, la señora Nicolle le sugirió que hiciera otra cosa: ¿gimnasia quizá? A Cléo no le faltaba energía. Pero gracilidad...

Cléo volvió a la morosidad de los sábados delante de la televisión. Ahí fue donde los vio por primera vez: relumbrantes, esos bailarines ondulaban como ríos veloces. Anunciaban los créditos de la emisión preferida de su madre: *Champs-Élysées*.

Antes de que Michel Drucker los despidiera: *Un fuerte aplauso para los bailarines que van a dejar el plató*, Cléo se acercaba a la pequeña pantalla para descifrar sus piruetas, esos estribillos jubilosos que concluían con un brinco, a mucha distancia de la afectación de las Domitille de la academia de la señora Nicolle: esto es lo que ella quería hacer.

Desde la primera clase de *modern jazz* en la MJC<sup>11</sup> de Fontenay, Stan la zarandeó, la agarró por la mitad del cuerpo, la transportó. Hablaba de caderas. Pelvis. Bajo vientre. Plexo. Fuerza. Aplaudía a sus alumnos cuando conseguían encadenar los pasos, vistiendo un pantalón de *jogging* y una camiseta de tirantes negra por la que le asomaba el nacimiento de los pectorales.

El ventanal de la sala se empañaba al cabo de diez minutos, las paredes se constelaban de diminutas gotas de sudor, los bajos de las mezclas de Grandmaster Flash o de Irène Cara saturaban los bafles.

Esa a la que Cléo sorprendía en el espejo después de una diagonal de *chassés*, *step-touch*, *spin*, no tenía nada que ver con una duquesa, con el flequillo pegado a la frente y los pómulos encendidos. Esa a la que Cléo sorprendía en el espejo había adquirido en pocas semanas la combadura de una incitación muy alejada de la tiesura de adolescentes desdeñosas que metían la tripa y apretaban las nalgas en la academia de la señora Nicolle.

Por las noches, en su cuarto, Cléo, con el *walkman* pegado al oído, cortaba el tiempo en rebanadas de ocho. Flexiones contra la pared, 5-Y-6-Y-7-Y-8. Series de abdominales, Y-1-Y-2-Y-3-Y-4. Equilibrios, Y-7-Y-8.

Las clases de Stan eran una mezcla de misa, de fiesta y de concentración. *AGAIN*: Stan exigía que repitieran, que volvieran a hacerlo; el dolor de una punzada en el costado le cortaba el resuello a Cléo, pero el dolor no era sino un camino montañoso, una cuesta arriba. Cuando se coronaba, solo quedaba el resplandor de una liberación.

Cléo se esmeraba en calcar lo que le veía hacer a Stan, en domesticar un gesto, en que se le imprimiera en las fibras de un músculo que Cléo imaginaba como un filete con estrías de sangre color coral. Ahí era, cuando el cuerpo protestaba, suplicaba, donde había que quedar encima.

Cléo sabía cosas que las chicas de trece años no sabían. Obedecer sin poner en tela de juicio. Aplaudir a Stan al final de la clase aunque se hubiera pasado hora y media pinchándola. Agradecérselo incluso. Repetir. Por las noches, no conseguir dormirse de tanto como le temblaban las piernas bajo las sábanas. Al despertarse, notar que tenía tiasas las pantorrillas salvajemente estiradas, después de la ducha darles alcanfor a los isquiotibiales paralizados. Sus padres le tomaban el pelo porque por las mañanas andaba como una anciana coja. Ni un día sin un dolor nuevo, aquí o allá.

Stan había enumerado lo que a partir de ahora habría que evitar: Cléo tendría que renunciar al esquí, a los patines, a salir a correr o a bajar las escaleras a toda velocidad. Por las noches, a su madre, que planchaba en la cocina después de cenar, Cléo le contaba esa vida diaria militar que le encantaba: había conseguido dar una doble vuelta y Stan la había ascendido, de la última fila a la penúltima. A Stan lo había irritado tener que volverle a explicar la secuencia, pero había dicho que *si llegaba a profesional...*

Las palabras mágicas: *si llegaba a profesional*. Desde que alguien las había pronunciado, Cléo no podía estarse quieta. Sentada a la mesa, daba con el pie en el suelo. Daba golpecitos con el índice. Repetía las preguntas en cuanto no contestaban en el acto. Le parecía que el presente había dejado de correr, petrificado entre los escenarios familiares: el patio del instituto<sup>[2]</sup>, el comedor escolar,

el puestecito donde los alumnos compraban creps al salir de clase, la piscina de Fontenay los sábados, la compra en Leclerc con su madre, fregar los platos por cinco francos, los sábados delante del programa de Drucker con el plato en equilibrio en las rodillas. Y los domingos por la noche entre tristeza y alivio porque el lunes iba a abrir la puerta cerrada de la casa familiar, lavarse la cabeza, secarse el pelo, oír a sus padres diciéndose cantidades, irritados, los gastos de comunidad iban a subir otra vez.

Estaba en tercer curso de secundaria. Tendría que esperar a terminar el instituto, y luego terminar el liceo, igual que se asiste a un discurso interminable. El motor del paso del tiempo fallaba, un motor asmático que no arrancaba más que a base de sudor y de chasquear los dedos en las clases de Stan. El baile le daría paciencia para vivir, era cuanto existía, había escrito Cléo con énfasis en su diario.

Pero no era cierto. No había sabido esperar: se había metido por el primer desvío. Cathy había entornado la puerta del porvenir y Cléo había echado a correr, sujetándola con el pie, sin mirar por dónde iba, dispuesta a saltarse todas las casillas del tablero. Por supuesto que Cathy fue una aparición de ensueño en la vida de Cléo.

Se llamaba Catherine, pero prefería que la llamasen Cathy.

Había asistido a las clases de baile de Stan desde el vestíbulo, igual que aquellas madres que iban a recoger a sus hijas, pero Catherine no iba a recoger a su hija. Se había acercado a Cléo, que se encaminaba hacia el vestuario, despeinada y sudorosa; hola, ¿podría concederle unos momentos? Nunca había preguntado nadie a Cléo si podía concederle unos momentos. Los vaqueros claros cayendo rectos sobre las botas cámel, cámel también el abrigo largo, un tono melocotón se va degradando de los labios a los pómulos, en las orejas grandes aros de plata y una sonrisa de auxiliar de vuelo. ¿Se llamaba Cléo? ¿Había visto la película *Cléo de 5 a 7*? ¿No? ¡Tenía que verla a toda costa!

Cathy representaba a una fundación. ¿Tenía idea Cléo de lo que quería decir eso?

(*Sonrisa*). Bueno, pues la Fundación Galatea apoyaba a las adolescentes que tenían capacidades y proyectos excepcionales. Cléo, consciente de su flequillo sucio de sudor, de sus mejillas encendidas, saltaba de un pie a otro.

Qué suerte tener un pelo tan largo –Cathy señalaba la cola de caballo–, ella no conseguía nunca dejarse crecer tanto el pelo, no tenía ni pizca de paciencia (*mohín, suspiro, un mechón caoba enroscado en el índice*).

En resumidas cuentas, la fundación daba becas de estudios. En todos los apartados.

Stan había cerrado la puerta de la sala de baile: *Good work, Cléo*.

¡Tenía razón! Cathy había «localizado» enseguida a Cléo entre las demás. En eso consistía su trabajo: en tener olfato (*índice en la punta de la nariz*).

Más guapa que una madre y más fascinante que una amiga, Cathy tarareaba un estribillo que los adultos no entendían, hablaba como en una lengua adolescente salpicada de palabras mágicas: *futuro, localizada, excepcional*.

¿Esa chica tan guapa, Anne Keller, que actuaba con Sophie Marceau en *Quince años recién cumplidos*? Fue Cathy quien la «localizó» en una academia de baile y le hizo un test. El resto lo hizo la fundación. Bingo. ¿Veronika en la portada de la nueva revista *20 ans*? Ídem. Fue Cathy quien se la presentó a David Hamilton. Y distaba mucho de tener el carisma de Cléo.

Cléo se encogió de hombros, decepcionada: no quería ser maniquí ni artista.

¡Por supuesto! Cathy citaba esas dos, pero podía citar bailarinas, deportistas y futuras estilistas. ¡De lo que se trataba era de apuntar a la excelencia!

Cléo no iba a pasarse años en esa MJC. Había que ser ambiciosa cuando se tenían capacidades como las suyas. Si a Cléo le interesaba, ¿podía volver Cathy para hablarle del asunto? ¿Quedamos para el sábado? ¿Aquí?

LOCALIZACIÓN, LOCALIZADA, LOCALIZAR, verbo transitivo: vislumbrar, distinguir, fijarse, entre otros, en alguien o algo.